

LA FILOSOFIA ACTUAL EN EL BRASIL (*)

Luis Washington Vita

I

Antes de iniciar el esbozo de la Filosofía que viene siendo practicada en el Brasil, se impone una reflexión previa, pues, cumpliendo su destino y su vocación, el pensamiento brasileño, más que *creador*, es *asimilador* de las ideas ajenas y, en lugar de abrir rumbos nuevos, se limita a asimilar e incorporar lo que viene de fuera. Por ello, la Historia de la Filosofía en el Brasil es, en general, una historia de la penetración del pensamiento ajeno en la intimidad de nuestra vida especulativa, o sea, en suma, la narración del grado de comprensión, de nuestra capacidad de asimilación en las diferentes épocas y de nuestro cociente de sensibilidad espiritual.

Con todo, no debemos perder de vista la circunstancia de que las ideas filosóficas, al desembarcar en las costas brasileñas, casi siempre pasan por un extraño y curioso proceso. La variación del *habitat*—un pensamiento, meditado a la sombra de las encinas, debe ser re-meditado a la vista de cañaverales—sirve automáticamente de campo de experimentación para las viejas ideas: algunas de éstas ganan nueva significación, otras lo pierden. De ello proviene que la Historia de las Ideas en las Américas, en general, y en el Brasil en particular, adquiere gran importancia, pues sirve para determinar su generalidad, su aplicación a las actividades humanas y su flexibilidad cultural.

Por otro lado, a diferencia del filósofo europeo, no es la necesidad pura y desinteresada del conocimiento abstracto lo que incita al pensador brasileño, sino una necesidad pragmática, esto es, mientras que en Europa el pensador es un producto del ambiente en que se formó y actúa, en Brasil es un reactivo, un creador de atmósfera, un estímulo intelectual, pues es siempre el conductor de lo que, espiritualmente, es producto de otra circunstancia espiritual. De ahí, el personalismo y el extremismo de sus ideas, no admitiendo los matices, las restricciones e incluso la duda filosófica: es siempre categórico. Por eso puede afirmar acertadamente Guillermo Francovich que "la hipótesis europea se torna axioma americano y, muchas veces, la teoría se convierte en dogma".

Claro es que entre *asimilar* y *vulgarizar* media un abismo. La asimilación tiene aquí, por así decirlo, un sentido fisiológico, transformando las ideas e incorporándolas en un proceso de enriquecimiento. La asimilación, por su parte, es actividad intelectual pasiva, de falsa claridad, pues simplifica arbitrariamente lo complejo e implica llevar a lo elemental. Ya se dijo que trivializar no es aclarar y mucho menos lo es esa impertinente falsificación en que acostumbran a caer algunos supuestos "clari-

(*) El Prof. Washington Vita es Miembro del Instituto Brasileño de Filosofía de Sao Paulo. Trad. de C. L. C.

ficadores". La claridad lícita y deseable es la del examen o la de la exposición del tema, que puede ser por sí mismo sumamente oscuro y a lo más que se puede y se debe llegar en tales casos es a mostrar, con lucidez y honestidad intelectuales, sus oscuridades. En ese sentido, los filósofos brasileños, en lugar de haber sido meros vulgarizadores, en verdad han sido y siguen siendo asimiladores de doctrinas ajenas, adaptándolas a las exigencias de la formación del espíritu nacional.

Es ciertamente verdad que han sido muy pequeñas las contribuciones brasileñas, positivas, al conocimiento filosófico general. Ese fenómeno es fruto normal de las situaciones históricas que han condicionado el desenvolvimiento cultural y pedagógico del Brasil. La colonia, el Imperio y la República son tres fases históricas o tres ilustraciones políticas, de la misma dependencia económica del Brasil respecto a otras naciones. Esta dependencia—que puede admitir, como ficción legal, la soberanía del Estado dependiente—no proporciona, sin embargo, a éste aquellas condiciones materiales y culturales imprescindibles para la eclosión del espíritu de libre crítica, punto de partida de la autonomía y de la originalidad del pensamiento, de modo especial del pensamiento filosófico.

Todavía es cuestión controvertida hasta dónde pueda ser original un pensamiento, pues la originalidad no consiste solamente en la singularidad absoluta de creación, si acaso ésta fuera posible; también se da cuando el espíritu, con autonomía y conciencia, acepta lo que otros dijeron y lo reelabora con plena independencia. Por eso, la pretensión de bastarse a sí mismo y el narcisismo de la inteligencia son casi siempre una marcha hacia la esterilidad; o sea, el espíritu vive de comunicación y de continuo intercambio, y no de barreras ni autolatrías. De ahí, la característica *asimiladora* del pensamiento brasileño, que consiste en la transformación, sustitución y modificación de modos de sentir, pensar y obrar, por nuevos hábitos que se exteriorizan bajo la emulación o sugestión de ideas adventicias "aclimatadas" que consiguen sobrevivir en el nuevo *habitat*.

De esta forma, la autonomía cultural que Joaquín Nabuco—una de las figuras máximas de la "inteligentzia" brasileña a fines del Imperio—vislumbrara en nuestra historia (pertenecemos a América por el "sentimiento nuevo, fluctuante de nuestro espíritu", y a Europa por las "zonas estratificadas de nuestro espíritu") tiene una vigencia relativa, especialmente cuando se tiene en cuenta que las obras de Filosofía, pensadas y redactadas en nuestro país, para ser entendidas y comprendidas deben ser tomadas a la luz del momento histórico en que fueron escritas y de la finalidad que perseguían. Encarado desde este punto de vista, el problema de la interpretación y comprensión de nuestros filosofantes que expresaron las vicisitudes de las corrientes europeas en el Brasil, se presenta de otra manera, bajo nuevas luces, con diversa significación.

Queda, por tanto, insinuada, la existencia de una "filosofía" en el Brasil, no como un organismo eidético, supratemporal, totalmente inmune a la contingencia histórica, sino como algo que no es más que la elevación abstractiva de una situación vital históricamente dada. En el proceso de asimilación de las ideas ajenas, imprimimos nuestras características, de acuerdo por lo demás con el viejo principio: todo lo que se recibe toma la forma del recipiente, o como ciertos perfumes que, en contacto con la epidermis, sufren una alteración química que modifica su fragancia, y en esto consiste nuestra "originalidad".

Por lo demás, la Filosofía en el Brasil formula problemas propios. Evidentemente, ante todo es una prolongación de una tradición que nació en Grecia, no

teniendo nada de extraño que sus influencias generales hayan sido "europeas", y que no se haya desviado, en lo esencial, del curso seguido por la meditación filosófica de la época moderna. En segundo lugar, los sucesivos pronunciamientos de "originalidad" de nuestros pensadores ("pretensiones nunca justificadas" según Cruz Costa) deben ser entendidos, no como una *Filosofía* peculiar, sino como *temas* peculiares, en los cuales es evidente su autenticidad gracias al profundo vínculo con la concreta circunstancia nacional. Claro es que esta autenticidad ni significa que haya de sacrificarse lo peculiar a lo verdadero, ni impide, de la misma manera, que uno de los elementos esenciales suyos sea en este caso su función de prolongación y colaboración en la tradición filosófica de Occidente.

Justificada la sintonía de la Filosofía en el Brasil con la Filosofía occidental, resultan obvios los reflejos de ésta sobre aquélla, con pequeñas o grandes diferencias sincrónicas. Esto es patente en las generaciones ligadas al eclecticismo, al positivismo, al espiritualismo, al historicismo, al marxismo y al existencialismo, recogiendo de la tradición europea lo más característico del pensamiento contemporáneo, procurando desenvolver, con éxito variado, las diferentes corrientes especulativas que coincidían con las más profundas aspiraciones de los estratos intelectuales superiores.

En este sentido, vemos a Miguel Reale asimilando el culturalismo, Vicente Ferreira da Silva el existencialismo, Caio Prado Junior el marxismo, Joao Cruz Costa el historicismo, Euryalo Cannabrava el neo-positivismo, Leonel Franca el neo-tomismo, para citar solamente a los *jefes* de escuelas. Al lado de estos filosofantes, se perfila la difusión de la Filosofía en la Literatura y en el pensamiento en general, lo que es una de las características del pensamiento filosófico, no solo del Brasil, sino de toda Iberoamérica. Es el caso de Paulo Prado o Sergio Milliet, Gilberto Freyre o Afranio Coutinho, Fernando de Azevedo u Oswald de Andrade, Oliveira Viana o Mário de Andrade, etc., que, sin tratar sus temas de manera estrictamente filosófica, sin duda adensan la problemática especulativa.

Con esto queda demostrado lo que confirma cualquier Historia de la Filosofía: cada filósofo depende, en cierto modo, de sus precursores. La regla es general, variando solamente la medida de esta dependencia, pues de ninguno podemos afirmar que sea absolutamente independiente. Por tanto, todo sistema filosófico representa un miembro en un contexto supra-individual. De ahí que Bruno Bauch considere fundamental el hecho de que "todo trabajo sistemático concreto sólo puede lograr la propia fecundidad sistemática a través de la continuidad de las relaciones sistemáticas en que el mismo sistema adquirió vida histórica. Pero, si quisiera desprenderse de la vida histórica y espiritual que ya se convirtió en realidad, aislarse de ella y comenzar desde la nada, se condenaría a sí mismo a ser una vacía hazaña carente de sentido".

II

Hechas estas aclaraciones, que carecerían de sentido si se tratase de un prólogo a un esbozo del pensamiento filosófico europeo, cúmplenos esbozar las figuras relevantes de la Filosofía actual en el Brasil.

Como es sabido, con el término de la Primera Guerra Mundial, la Filosofía se encontró de repente situada, en su nuevo actualizarse, ante una incalculable cantidad de grandes temas y problemas que, a su vez, exigieron un renovado esfuerzo de aplicación, así como el empleo de nuevos principios y métodos. Y así surgió un

nuevo *estilo* filosófico, caracterizado por la osadía de las problemáticas y por el vigor en el impulso de la investigación.

Así, la Filosofía contemporánea, en el ámbito intelectual en que está inserto el pensamiento brasileño, puede ser esquematizada, de un modo general, por los siguientes rasgos: partiendo de la gran transformación operada en las condiciones de vida y de la nueva misión de ésta, la Filosofía de nuestros días procura establecer nuevas relaciones con el pasado y nuevas formas de interpretarlo. Abandona progresivamente—en el campo histórico-filosófico, que desde el siglo XIX se había ampliado extraordinariamente—la orientación que consistía en la reproducción esencialmente retrospectiva de los sistemas clásicos y en la investigación puramente filológica, de pormenor, de los textos y opiniones. Por el contrario, procura establecer una estrecha ligazón entre la misma Historia de la Filosofía y la conciencia de los problemas actuales. Esto quiere decir que vastas, aunque inciertas, perspectivas se abrieron al mundo filosófico, abierto a la vida y unido a su raíz.

La multiplicidad de formas, de sugerencias y perspectivas, si no nuevas, al menos renovadas, del pensamiento filosófico contemporáneo, surge casi como un caos, siendo difícil, para no decir imposible, trazar su perfil multimodo, acentuando ora la dinámica, ora lo fenoménico, ora lo biológico, ora lo histórico, ora lo existencial, ora lo temporal. Dentro de este perfil, y sin que ello represente en modo alguno una pretensión de unificar arbitrariamente tendencias diferentes e incluso opuestas, cabe la mayoría de las corrientes filosóficas contemporáneas. Esa multiplicidad de tendencias filosóficas vigentes también se da en el Brasil, como es verificable en la treintena de números de la “Revista Brasileira de Filosofia”, tribuna abierta al debate especulativo donde encuentran acogida todas las tendencias de la Filosofía actual, confirmando el polimorfismo y la complejidad de la fisonomía filosófica brasileña, conviviendo en su seno las más encontradas corrientes del pensamiento de hoy. Destaquemos las más importantes.

Miguel Reale (nacido en 1910), Catedrático de Filosofía del Derecho en la Universidad de Sao Paulo, es uno de los más significativos pensadores brasileños de nuestros días, no sólo por su *activismo* (es el Presidente y *alma mater* del Instituto Brasileño de Filosofía), sino principalmente por la importancia de su obra especulativa. Para él la Filosofía no es una cosa hecha en sí misma, pues su verdadera perennidad está en el sentido de inquietud y búsqueda que la anima. En la estructuración de su doctrina, Miguel Reale es influido por N. Hartmann y por M. Scheler, el primero en el plano lógico y el segundo en el plano axiológico. Cultivador de las Ciencias Jurídicas, afirma que el Derecho es una realidad histórico-cultural que posee esencialmente tres dimensiones, que constituyen elementos esenciales de toda experiencia jurídica: es un *hecho espiritual*, en el cual y por el cual se concretan históricamente *valores*, ordenándose normativamente relaciones intersubjetivas con referencia a las exigencias de los individuos y de la comunidad. Así, *hecho*, *valor* y *norma* son las tres dimensiones esenciales de la experiencia jurídica. Miguel Reale distingue el tratamiento filosófico del científico-positivo de la realidad jurídica. En el plano filosófico, el conocimiento del Derecho como “valor” suscita una Deontología jurídica; como “hecho”, lleva a la Epistemología jurídica. En el plano científico-positivo, la dimensión de “valor” lleva a elaborar una política del Derecho; la dimensión de “hecho”, da lugar a la Historia del Derecho, la Etnografía jurídica y la Sociología jurídica; y la dimensión de “norma” origina la Teoría General del Derecho y la Ciencia jurídica técnico-dogmática.

El pensamiento de Miguel Reale es fundamental histórico y axiológico, pero su historicismo no se limita meramente a las inclinaciones individuales, estando arraigado en las sólidas bases del humanismo universal. El punto de vista histórico es necesariamente axiológico. "Lo que vale en la Historia—dice—tal vez sea menos el hecho que su comprensión, y ésta implica necesariamente una actitud de elección, una toma de posición entre los valores, subordinada a la jerarquía axiológica del ciclo social a que pertenecemos". A la vista de esta posición historicista-axiologista se clarifican las doctrinas de Miguel Reale sobre la tridimensionalidad del Derecho.

Vicente Ferreira da Silva (nacido en 1916), después de pasar por la Lógica matemática (fue el primer autor brasileño que publicó una obra de Lógica: *Elementos de Lógica Matemática*, 1940; habiendo sido Asistente del Prof. Willard Van Orman Quine), sigue hoy, con sentido personal, la analítica existencial de Heidegger. El punto de partida de su creencia filosófica está vinculado a la doctrina de la Dialéctica trascendental de Kant, que coloca el mundo, no como correlato objetivo de un acto de conocimiento trascendente, sino como concreción de una experiencia infinita. Esta tesis hace imposible cualquier filosofía del objeto en detrimento de una filosofía del sujeto. Por tanto, el objeto de la reflexión filosófica es siempre y únicamente la acción humana en su dialéctica interna y en sus desenvolvimientos.

Para Ferreira da Silva, las Ciencias del Espíritu, la Antropología filosófica y la Ontología existencial completan el cuadro de las disciplinas propiamente filosóficas. Cualquier posibilidad de una representación naturalística de lo real, basada en las categorías del objeto, es ilimitada, por la reducción continua de los objetos al plano trascendental de su posibilidad. También queda eliminada cualquier posibilidad de una concepción vitalista de tipo bergsoniano. La libertad queda entendida así como único fundamento para una elucidación del sentido último de lo real, esto es, la Filosofía, como quería Fichte, es un análisis indefinido del contenido infinito de la libertad humana.

Caio Prado Junior (nacido en 1907), que realizó la primera interpretación marxista de la Historia brasileña (*Evolução política do Brasil*, 1933), figurando entre los mejores conocedores de la formación histórica del Brasil, publicó su primer libro de Filosofía en 1952: *Dialéctica do conhecimento*. Se trata de una obra que observa rigurosamente la ortodoxia del materialismo histórico y dialéctico, concibiendo los conceptos de nuestro cerebro materialísticamente, "como reflejos de las cosas reales, en lugar de concebir las cosas reales como reflejo de este o de aquel grado del concepto absoluto". Esta forma de la Dialéctica del Concepto no es sino el reflejo consciente del movimiento dialéctico del mundo real. Con esto incluye también en la Dialéctica la Teoría del Conocimiento, ya que el pensar dialéctico es tan solo el reflejo del movimiento que reina en toda la naturaleza mediante las oposiciones. Así, su problema nuclear es el de la relación entre espíritu (conciencia) y naturaleza (el ser).

En consecuencia, el conocimiento es concebido realísticamente, pues es la materia la que determina a la conciencia. No es el sujeto quien engendra al objeto, sino que éste subsiste con independencia del sujeto. El conocimiento consiste en el hecho de que existen en el espíritu copias, reflejos de la materia, o sea, nosotros captamos la naturaleza de las cosas a través de los fenómenos. Así, Lógica y Psicología se vinculan. De acuerdo con Caio Prado Junior, "la Dialéctica del conocimiento ya cuenta con base segura para desenvolverse, y religando la gran tradición de la Filosofía moderna, rearticulando nuevamente la Psicología y la Lógica, llegando así a la comprensión de las operaciones según las cuales se desarrolla el pensamiento".

Extremado este punto de vista, Caio Prado Junior no vacila en afirmar que en el futuro la Dialéctica dejará de ser una Lógica "para convertirse en nada más que el conocimiento de la función orgánica del pensamiento. Psicología en suma".

Joao Cruz Costa (nacido en 1904), Catedrático de Filosofía de la Universidad de Sao Paulo, el mejor conocedor del pensamiento brasileño y su mejor expositor, según un discípulo suyo, es "filosofante extravagante y raro, que no se propone ninguna construcción sistemática", siendo su contribución un escepticismo *sui generis*, que no alimenta su duda en creencia, sino su creencia en duda. Lo que provoca la duda de Cruz Costa es la creencia y su apego a lo concreto, a lo histórico, a lo humano. La Filosofía como "sistema" es la cristalización de un proceso que no se interrumpe; es, por tanto, fenecer y muerte. Disolver la Filosofía como sistema es inmergírla en lo concreto y hacerla viva y humana.

El primer postulado de la Filosofía de Cruz Costa es esa reiterada llamada a las exigencias de lo humano. El segundo postulado consiste en que lo humano es, en todas sus manifestaciones, totalmente histórico, y la Historia es el único camino para la comprensión adecuada de su significado. La Filosofía como Historia fue la meta alcanzada por Cruz Costa en su larga peregrinación por las obras de Filosofía. En este punto se pueden vislumbrar sus predilecciones filosóficas y las influencias que informan su pensamiento. En primer lugar, el idealismo histórico de Brunschvicg, formulando la Filosofía como la auto-conciencia de su pasado histórico; y el materialismo dialéctico de Marx, dando consistencia a esa visión histórica por la interpretación económico-social de ese idealismo. Luego, Spinoza, como ideal para la solución monista de las contradicciones fundamentales; Hegel y Platón, filósofos ambos mucho más próximos del devenir histórico que de las sistemáticas filosofías perennes que escudriñan la realidad, estancando el curso del proceso espiritual. En último lugar, Dilthey, Unamuno y Ortega y Gasset.

Cruz Costa va a fundamentar su posición en ese ambiente, ciertamente traduciéndole influencias, pero terminando definitivamente una etapa con la inauguración de un nuevo camino, menos ambicioso, pero mucho más en contacto con nuestras posibilidades filosóficas. La Filosofía en el Brasil deberá ser en adelante, antes que nada, la conciencia de su pasado, iluminando a distancia por la verdadera curva de sus vicisitudes, esto es, siendo la Filosofía una actividad vital inseparable de la existencia y de los problemas de la vida, es necesario filosofar *sobre* el Brasil, vistiendo las ideas con los músculos, la sangre, los nervios de la realidad presenciada y aprehendida; explicar su génesis, analizar su naturaleza, prever sus directrices. En suma, es preciso que liguemos nuestra actividad mental a los destinos de nuestra historia, porque "para que el pensamiento no sea simple fantasía sin provecho—como decía el Rey Don Duarte—, es menester que no pierda contacto con la Historia, con los problemas reales de la vida".

Euryalo Cannabrava (nacido en 1908) figura, con justicia, en el actual panorama filosófico brasileño con merecido relieve. Su inquieta trayectoria especulativa transitó—está transitando todavía—por las corrientes más actuales del pensamiento de hoy. Tras detenerse en las figuras de Descartes y Bergson, reconociendo, a propósito de Husserl, la "prodigiosa vitalidad" y la "constante presencia del pensamiento cartesiano", y viendo en la estructura íntima del bergsonismo "una fuerza viva, una selva vigorosa", se detiene en lo que llama "temas del espíritu moderno" (mito, inconsciente, nacionalismo, progreso, judaísmo y Metafísica), justificando, "sinceramente", que la Edad Moderna quedará señalada, "entre otras, como

el período de la Historia en que el hombre sintió más profundamente la angustia de la situación problemática". En este primer estadio, Euryalo Cannabrava se muestra integrado en la corriente existencial.

Todavía, en el dantesco "medio camino" de su vida, da un viraje en la ruta especulativa que venía siguiendo, abandonando el mar revuelto de la Metafísica para fondear en una arribada serena y plácida: las categorías lógicas que engloba en la denominación de *objetivismo crítico*. Ahora es otro el paisaje; el mismo estilo, antes literario, se geometriza y en lugar de conceptos aparecen símbolos matemáticos. Euryalo Cannabrava, rompiendo con la Ontología, acepta y asimila integralmente la tesis de que la actividad filosófica se limita a la clarificación de las proposiciones científicas; los problemas metafísicos no pasan de ser pseudo-problemas o proposiciones metaempíricas, que escapan al control de la verificabilidad humana; esto es, la renuncia a las técnicas racionales y empíricas, en el dominio de la Filosofía, puede asociarse a la disponibilidad en materia de rigor y de disciplina, al gusto por la aventura y al cultivo premeditado de un lenguaje confuso y sibilino.

Leonel Franca (1893-1948), ilustre jesuita, está integrado en el movimiento neo-escolástico, que, como se sabe, no se limita generalmente a una repetición de los problemas y soluciones de la Escolástica medieval, sino que, por un lado, procura ampliar sus propias tradiciones, y, por otro, procura integrar en sí mismo la corriente la Filosofía moderna, de acuerdo con el lema *vetera novis augere*, aumentar con las nuevas las cosas antiguas. De acuerdo con Leonel Franca, "la Filosofía neo-escolástica, conservando los resultados adquiridos, se propone sinceramente realizar la desea armonización de la que los dos órdenes del conocimiento sólo podrán obtener inestimables ventajas: La Filosofía, sintética y deductiva, manteniéndose en continuo contacto con la realidad y ampliando sus bases positivas; la Ciencia, analítica e inductiva, haciéndose más rigurosa en sus procesos lógicos y adquiriendo, en un orden superior del conocimiento, la unidad del saber que es aspiración natural de la inteligencia".

Sin embargo, es como filósofo social como Leonel Franca revela con mayor tensión la originalidad de su pensamiento. En *A crise do mundo moderno*, su principal obra, afirma que "todo el progreso material se reveló incapaz de satisfacer las exigencias profundas de nuestra naturaleza. Es la lección más trágica que nos da el mundo contemporáneo, inquieto y convulsionado. Frente al maravilloso perfeccionamiento de los medios, olvidamos el fin. En esta subversión metafísica de los valores se manifiesta uno de los síntomas más alarmantes de decadencia. Urge, pues, restituirle a nuestra civilización periclitante las fuerzas interiores que aseguran a todo esfuerzo social la vitalidad. El Cristianismo tiene las dimensiones de la historia humana. Para todas las Edades y en todos los problemas, Cristo es luz de vida. Las agonías del mundo contemporáneo han de encontrar, en una meditación más profunda de sus palabras que no pasan, una respuesta pacificadora. Y una cristiandad nueva, cuya estructura no nos es dado entrever, podrá congregar una humanidad mejor en una fase más elevada de su penosa ascensión espiritual".

Concluyendo: la Filosofía actual en el Brasil, siendo una Filosofía del presente, está impregnada de todo el pasado, llevando dentro de sí, al mismo tiempo, el porvenir. Los filosofantes mencionados no son ajenos a ese movimiento, y el discípulo de todos y cada uno comienza a mostrar resultados inesperados y prometedores. Con todo, ir más allá de esta verificación es caer en profecías.